



La Santa Sede

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
CON OCASIÓN DEL IV CENTENARIO
DE LA ORDENACIÓN SACERDOTAL DE SAN VICENTE DE PAÚL**

*A monseñor Gaston POULAIN
Obispo de Périgueux y Sarlat*

1. En el momento en que la diócesis de Périgueux y la familia vicentina celebran el IV centenario de la ordenación sacerdotal de san Vicente de Paúl, me alegra unirme con la oración y la acción de gracias a este acontecimiento que tiene lugar en el corazón del gran jubileo del año 2000. En efecto, el 23 de septiembre de 1600 el joven Vicente de Paúl recibió el sacramento del orden de manos de su predecesor, monseñor François de Bourdeille, obispo de Périgueux, en la iglesia de Château-l'Évêque.

Precisamente cuando aspiraba a un "honrado retiro", el encuentro con hombres de fe como Pierre de Bérulle y, más aún, el descubrimiento de la miseria corporal y espiritual de los pobres, llevaron enseguida a Vicente a un cambio decisivo en el modo de comprender y vivir su sacerdocio.

A partir de ese momento, su mayor preocupación, que sigue siendo tan actual, será el anuncio de la buena nueva a los más necesitados, tanto material como espiritualmente. Para él resulta evidente que la evangelización es una responsabilidad que incumbe a todos los bautizados, a toda la Iglesia.

Por lo demás, realizará sus primeras grandes obras con la colaboración de laicos, hombres y mujeres. Sin embargo, rápidamente se dará cuenta de que los beneficios de la misión no pueden durar si la llama no se mantiene encendida gracias a la acción de sacerdotes celosos e instruidos, que funden su vida y su ministerio en su encuentro íntimo con Cristo. En efecto, para Vicente los sacerdotes son insustituibles en su papel con respecto a las almas que Dios les ha confiado. Por otra parte, la toma de conciencia de la difícil situación en la que vivían numerosos sacerdotes en la Francia de aquella época, particularmente en el campo, lo impulsará a participar activamente en la obra de reforma del clero que se realiza después del concilio de Trento. Su compromiso al

servicio de los sacerdotes y de su formación, desde una perspectiva misionera, se ampliará con retiros para ordenandos, conferencias de los martes y desarrollo de seminarios. Así, la Congregación de la Misión, que fundó para *predicar el Evangelio a los pobres, particularmente a los del campo*, tendrá también como finalidad *ayudar a los eclesiásticos a adquirir la ciencia y las virtudes necesarias para su estado* (cf. *Reglas comunes I, 1*).

La visión del sacerdote que tenía Vicente de Paúl, basada en una experiencia personal de la misión, cobra una dimensión universal cuando dice a sus misioneros: "Somos elegidos por Dios como instrumentos de su inmensa y paternal caridad, que quiere establecerse y dilatarse en las almas. (...) Por tanto, nuestra vocación no consiste en ir a una parroquia ni sólo a un obispado, sino a toda la tierra; y ¿para qué? Para inflamar el corazón de los hombres, para hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino para prender fuego en el mundo, a fin de inflamarlo con su amor. Por tanto, es verdad que soy enviado, no sólo para amar a Dios, sino también para hacer que los demás lo amen. No me basta amar a Dios si mi prójimo no lo ama" (*Coste, XII, 262*).

2. El Año jubilar, en el que celebramos de manera particular la encarnación del Hijo de Dios que tuvo lugar hace dos mil años, nos abre a la misión mesiánica de Cristo que, consagrado por la unción del Espíritu Santo, fue enviado por el Padre para anunciar la buena nueva a los pobres, a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad, y devolver la vista a los ciegos (cf. *Tertio millennio adveniente*, 11). Encontramos aquí la intuición fundamental de san Vicente, traducida vigorosamente en gestos concretos a lo largo de toda su vida. Escuchemos de nuevo su exhortación a configurarnos con Jesús en su relación con el Padre y los hombres, con los pobres y los necesitados, a quienes fue enviado: "Es necesario que os despojéis de vosotros mismos para revestiros de Jesucristo" (*Coste, XI, 343*), conformando vuestra vida a la de Cristo, entregado totalmente a Dios y a los hombres. Desde la perspectiva apostólica de san Vicente, el Verbo encarnado ocupa el lugar central: "Acordaos de que vivimos en Jesucristo por la muerte de Jesucristo, (...) y de que nuestra vida debe estar escondida en Jesucristo y rebosar de Jesucristo, y que, para morir como Jesucristo, es necesario vivir como Jesucristo" (*Coste, I, 295*).

Deseo vivamente que la celebración del aniversario de la ordenación sacerdotal de san Vicente de Paúl sea para los sacerdotes y los fieles de la diócesis de Périgueux, así como para el conjunto de los miembros de la familia vicentina, ocasión de renovación espiritual y misionera, y estímulo al servicio apostólico.

San Vicente de Paúl, hombre del encuentro con Dios y con sus hermanos, hombre de la disponibilidad a la acción del Espíritu Santo, nos invita a dirigir una mirada renovada a la misión en el mundo actual. Ojalá que mediante una generosa colaboración y un constante apoyo mutuo, sacerdotes y laicos, respetando su vocación propia, vayan cada vez con mayor audacia al encuentro de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo para anunciarles el Evangelio. Que los cristianos constituyan comunidades vivas, abiertas a todos, y particularmente a los más necesitados y a las personas más alejadas, testimoniando a cada uno el amor que Dios siente

personalmente por él. Interesándose por el crecimiento humano y espiritual de las personas y de los grupos, darán su contribución a la misión mesiánica de Jesús, que deben proseguir por vocación.

3. Para ser testigos auténticos de Cristo hoy, como en la época del presbítero Vicente, los sacerdotes, y también los fieles, necesitan una sólida formación humana, doctrinal, pastoral y espiritual. Los esfuerzos ya realizados en este sentido, y que deben proseguir siempre, sobre todo entre los jóvenes, son una fuente de esperanza para la vitalidad de la Iglesia y la credibilidad de su testimonio. Deseo asimismo que los hijos de san Vicente de Paúl prosigan y renueven el compromiso, que recibieron de su fundador, de contribuir a la formación y al apoyo espiritual de los sacerdotes, con espíritu eclesial y misionero.

Animo cordialmente a la diócesis de Périgueux en su proyecto de realizar decididamente, durante el año próximo, una profundización espiritual y pastoral con el fin de promover el despertar, el desarrollo y el apoyo de las vocaciones sacerdotales. Que vuestra ferviente oración obtenga para la Iglesia los sacerdotes entregados totalmente a Dios y a sus hermanos que tanto necesita. Que la Iglesia que está en Francia se beneficie de las celebraciones del IV centenario de la ordenación de san Vicente de Paúl y vea florecer nuevas vocaciones entre la juventud.

A los jóvenes de Francia que el Señor llama quiero repetirles una vez más con fuerza: no permitáis que la duda o el miedo os detengan. A ejemplo de san Vicente, responded con un sí sin reservas, confiando totalmente en Cristo, que es fiel a sus promesas. El Señor os transformará en servidores gozosos de vuestros hermanos y os concederá la felicidad a la que aspiráis.

4. Querido hermano en el episcopado, encomiendo a la intercesión de san Vicente de Paúl a la diócesis de Périgueux y Sarlat, a la Iglesia que está en Francia, así como a los diversos miembros de la familia vicentina. Invoco también, de modo particular, a Francisco Regis Clet, sacerdote de la Misión, al que tendré la alegría de canonizar dentro de algunos días, junto con otros mártires de China. Entregando generosamente su vida para que el nombre de Cristo fuera anunciado hasta los confines de la tierra, se ha convertido en modelo de vida sacerdotal y misionera. A usted, a sus diocesanos, a los miembros de la familia espiritual de san Vicente de Paúl y a todas las personas que participan en las celebraciones del IV centenario, imparto de todo corazón una particular bendición apostólica.

Vaticano, 8 de septiembre de 2000

JUAN PABLO II